

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 17 Junio de 1893

Núm. 55

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



PAÍS DE HOLANDA

CUADRO DE JOSÉ M.ª MARQUÉS

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—Consolita, por EDUARDO DE PALACIO.—«Dichosos los que mueren en el Señor» (poesía), por J. FEDERICO MUNTADAS.—El sol en la casa, novela por MAURICIO DE REICHENBACH.—Colección zoológica del Parque de Barcelona, por M. MIR Y NAVARRO (ilustraciones de E. GIMENO).—Nuestros grabados.—Mesa revuelta —Recreos instructivos.

Grabados.—País de Holanda, cuadro de JOSÉ M.^a MARQUÉS.—Margarita, cuadro del mismo artista.—Lección de catecismo.—¿Cuántos dioses hay? cuadro del mismo artista.



Crónica

La corte de Inglaterra celebró en Balmoral, el día 24 de Mayo, el 74.º cumpleaños de S. M. la reina Victoria. Hace pocos días, hablando de esta soberana, dijimos que su reinado era ya dilatadísimo. En efecto, el 20 de Junio próximo habrá completado el 56.º año de su reinado. Sólo dos soberanos han permanecido hasta ahora por un tiempo más largo en el trono de Inglaterra. Fueron Enrique III, que reinó por espacio de cincuenta y seis años y algunos días, y Jorge III, cuyo reinado se prolongó hasta sesenta años, si bien durante los últimos diez años de su vida, por causa de una enfermedad mental, hubo de ceder la regencia á su hijo, de manera que en rigor puede afirmarse que sólo empuñó el cetro por término de cincuenta años. Sólo dos monarcas ingleses han vivido más que la reina Victoria, á saber: Jorge II, que falleció á los setenta y siete años, y Jorge III, que murió á los ochenta y dos. A todos puede adelantarlos la actual reina de Inglaterra, que disfruta de salud robusta y lleva trazas de vivir todavía algunos años.

De los soberanos reinantes en el día en Europa tienen únicamente más edad que S. M. la reina Victoria, S. S. el Papa León XIII, que nació en 1810; Cristiano IX, padre de la princesa de Gales, rey de Dinamarca; Ernesto II, de Sajonia Coburgo Gotha, hermano político de la reina, y Carlos Alejandro, de Sajonia Weimar, los tres nacidos en 1818. Ninguno, empero, ha reinado tanto tiempo como la reina de Inglaterra.

Un nuevo congreso socialista que se ha verificado en Bruselas ha votado también el jornal de ocho horas y una huelga general, pero sin fijar el día en que haya de realizarse. Se limita, por lo tanto, á una amenaza pendiente contra el capital. El acuerdo de las ocho horas de trabajo ha encontrado otra vez la más firme oposición en Inglaterra, incluso por parte de los mineros de Northumberland. Aquellos trabajadores no pueden admitir en modo alguno, y obran muy bien en ello, que los laboriosos y los holgazanes resulten equiparados, y que los primeros, lo propio que los más inteligentes y hábiles, no puedan procurarse un aumento de salario, destinando á sus ocupaciones algunas horas más, aparte de las del jornal fijado para una determinada industria. Además, como se ha

dicho tantas veces, las industrias presentan carácter muy diverso, y, según fuere éste, la fijación inquebrantable de las ocho horas sería la muerte segura de la industria. «Los obreros ingleses, dice un periódico, no sienten la necesidad de que se les apliquen las esposas de la ley; no ven en esto un progreso sino un retroceso, porque es una limitación de su libertad.»

Se ha originado una fuerte contienda en la Exposición Internacional de Chicago. Gran número de naciones han comunicado al Director general de la Exposición que sus expositores no quieren figurar en el concurso de premios. Según parece, á pesar del largo tiempo transcurrido desde que empezaron los trabajos de la Exposición y de varios recuerdos que se hicieron á sus directores, nada se ha dispuesto para organizar un jurado internacional que sea garantía de imparcialidad y de justicia en la distribución de las recompensas. Ahora es ya demasiado tarde para constituir un jurado de aquella índole, tal como lo han tenido todos los concursos internacionales, y de ahí la protesta de las aludidas naciones expositoras. Con todo, no es fácil que Chicago quiera incurrir en la nota que una situación semejante echaría sobre su Exposición, y de ello son indicio los pasos que por los jefes principales del certamen se están dando á fin de apaciguar á los comisarios irritados, *de ver cómo se arregla el asunto y de conseguir que en la lista de medallas se puedan incluir todas las naciones del universo mundo.*

Hízose también cuestión en Chicago si la Exposición se abriría ó no los domingos y fiestas de guardar. Saben nuestros lectores el rigor con que se observa el domingo en todos los Estados de la Unión Americana, y así no les parecerá extraño que la cuestión se haya resuelto en contra de la apertura. Algunos habitantes de Chicago manifestaron que el tener abierta la Exposición en aquel día no significaba otra cosa más que continuar vecinos y forasteros en el derecho que se les ha concedido siempre, en todos los días, de pasear por el parque en donde la «Feria del mundo» se encuentra instalada. Este argumento, sin embargo, no les ha valido, y por ahora la Exposición sigue cerrada en los días de fiesta de precepto.

Ha presentado las cartas pontificias á S. M. la Reina Regente el nuevo Nuncio de su Santidad en Madrid, monseñor Cretoni. El acto se verificó con la solemne pompa con que tienen lugar en el Palacio de nuestros Reyes las ceremonias de la expresada índole. Del discurso que pronunció el Nuncio son especialmente significativos los siguientes párrafos, porque revelan una vez más el cariño que el sabio Pontífice profesa á nuestros monarcas y á España:

«Enviado por el supremo Jerarca, mi augusto Soberrano,—dijo monseñor Cretoni,—para representarle en esta Real corte, tengo el alto honor de poner en manos de V. M. las cartas pontificias que me acreditan, en calidad de Nuncio apostólico, cerca del rey don Alfonso XIII, y de V. M., quien, mientras atiende solícita á educar á su augusto hijo en bien de la Iglesia y de la patria, con sus grandes dotes de inteligencia y corazón, añade nuevo brillo á su trono, por tantos títulos ya glorioso.

»El muy sabio Pontífice, que considera á España como uno de los más queridos miembros de la gran familia latina, y una de las más espléndidas joyas de la Iglesia católica, mira con singular afecto á S. M. el Rey, su ahijado,

á V. M. y á toda la real familia, y formula ardientes votos por la paz y prosperidad de la muy noble nación española.

»V. M., el gobierno y la nación en que vengo á residir, todos están profundamente convencidos de que la religión constituye el interés más elevado del país, y de que la fe heredada de los antepasados, y hasta ahora celosamente conservada, representa el más importante factor de las innumerables grandezas que ilustran la historia de este generoso pueblo.

»Todo lo cual, con la ayuda de Dios, no podrá menos de facilitar mis gestiones, dirigidas á mantener las amistosas relaciones existentes entre la Santa Sede y España y hacerlas más íntimas y cordiales si fuese posible.

»Confiando, pues, en la sabiduría y bondad de V. M. y no dudando del más leal y eficaz apoyo de su Real gobierno, consagraré á tal fin todas mis gestiones, muy seguro de que, cuanto más unidos están los tronos á la Santa Sede, tanto más participan de la solidez de aquella piedra sobre la que se fundó la religión y de que de la armonía de los dos poderes resultarán siempre mayores ventajas para el Estado así como para la Iglesia.»

* * *

Varios periódicos han dado la noticia de que se calcula en dos millones de pesetas la venta de capullos de seda cosechados este año en la huerta de Murcia. ¡Ojalá que esta misma nueva pudiera darse de otras comarcas de nuestra patria! La seda constituyó uno de nuestros mayores elementos de riqueza. La cría del gusano se hacía en Andalucía, en el reino de Valencia, en muchas partes de Cataluña y en las Islas Baleares, cosechándose capullos en cantidades considerables. Ellos alimentaban los numerosos telares que había en Sevilla, Granada, Valencia, Barcelona y en otros puntos, en los cuales trabajaban tejedores cristianos y moriscos. Estos últimos se hicieron famosísimos en el arte de tejer la seda, de modo tal que los escritores de la Edad Media y los cantares de gesta ponderan siempre con frases de caluroso elogio las estofas sarracenas de España, las cuales se enviaban á todos los países del mundo entonces conocido. Después de la caída y expulsión de los moriscos, se conservó todavía la industria de la seda en las dos ramas de la cría del gusano y del tejido, siendo muy celebrados en los siglos XVII y XVIII los terciopelos labrados de Toledo y los damascos de Valencia. Todo cuanto tendiese á restaurar esta industria sería hacer una obra utilísima para el bienestar y la riqueza de las comarcas que reúnen condiciones para ponerla de nuevo en el estado floreciente que tuvo en pasados siglos. Italia, que compartió con España el predominio en el arte de la seda, ha tiempo que trabaja para llevar á cabo la expresada restauración, habiendo obtenido magníficos resultados, y logrando dar nueva fama á los brocados de Venecia, á los rasos de Luca y á los terciopelos de Génova, que tan celebrados fueron también en otras épocas.

B.

Consolita

Qué mujer!
Toda corazón.

No puede ver una desgracia ocurrida á un animal, sin considerarla como propia.

Llora como una chiquilla cuando lee en la prensa periódica, por ejemplo, la noticia de la intoxicación de

varios perros, por los dependientes del ayuntamiento; ó el número de caballos muertos en la última corrida de toros.

Doña Consolación ó Consolita, según, á ruego de ella misma, la nombran su criada y las amigas, es una paloma sin hiel, pero mayor de edad.

Una señora completa.

Es decir, completa no, porque nada es completo en este mundo, y á Consolita «la falta su marido.»

Es viuda en defensa propia; porque su esposo fué un hombre terrible, de carácter violento, y la sacudía, de cuando en cuando, simbólicamente, según él; vamos, en prueba de cariño.

Con que ella, al decir de malas lenguas, le mató á sofocones.

Ama á los animales, en general, y amaba á su marido, en particular.

—¿Y cómo no, si aun los insectos me seducen? suele exclamar ó declamar Consolita.

Tiene en su casa, en pequeño y contra la voluntad del propietario de la finca, quien ya la ha suplicado varias veces que se mude ó que renuncie á la compañía, pajarera, palomar, gallinero, conejos de campo y urbanos ó sea de Indias, un loro, un gato de Angola, un perro con gabán de pieles de esos de Terranova, un ruiseñor, un grillo, un mono de cría y varios peces de colores.

Aprovechando la estancia en Madrid de un francés «domesticador» de pulgas, presentadas por él al público, é instruídas en equitación y gimnasia higiénica, quiso comprar Consolita aquellas artistas para criarlas y conservarlas.

En una ocasión compró á un domador de fieras, que funcionaba en un circo de Madrid, un cachorrito, recién nacido de una leona, que formaba en la colección del mencionado domador.

Cuando le llevaron á su casa, le dejó suelto y en libertad.

El esposo de Consolita había salido.

De regreso en su domicilio, encontró á su mujer encerrada en el tocador.

La criada, que estaba igualmente en su habitación, salió y abrió apresuradamente la puerta.

—No pase usted, señor, dijo trémula.

—¿Qué ocurre? ¿Y la señora? preguntó el esposo de Consolita.

—Encerrada en su tocador.

—¿Pero por qué?

—Porque *ese*, respondió dificultosamente la muchacha, el perrito, que decía la señora, ha devorado al gato.

Pero no escarmentó por esto ni perdió su afición á los animales, ni deshizo la colección que poseía.

Al contrario.

Ha nacido para los animales.

Es la madre adoptiva de cuantos trata.

Ver á un perro pobre, en la «vida» pública ó en la vía, hablando con menos elegancia y corrección, y no socorrerle, sería para ella un martirio.

Cualquier gato huerfanito, abandonado por la familia de su madre, ó sea por los dueños de la gata matriz, halla acogida en la casa de Consolita.

Consolita les sirve de madrina y aun de madre no política.

Recibía todos los jueves á los amigos y á las amigas, en su «domicilio-menagerie.»

Pero amigas y amigos, todos protectores de animales menesterosos.

Había conversación y música.

Una de las amigas, que tenía por boca un tornavoz ó una boca de calle, cantaba.

Viéndola se explicaban los concurrentes que hubiera alcanzado una ovación, en algún concierto vocal, en teatros particulares.

Tenía voz de ocarina.

Uno de los concurrentes tocaba la guitarra por convicción y sin principios.

Pero tocando era un «mozárabe», que decía Consolita, queriendo decir «un Mozart», por más de que, hasta ella, nadie había reconocido esa gracia del ilustre maestro.

El mencionado contertulio de la viuda hacía hablar á la guitarra, aunque mal, cosas feas.

Otro de los amigos de la casa escribía odas y elegías ó herejías en verso, siempre «sobre asuntos de animales, domésticos ó no.»

Leía con entonación tan triste como si estuviera condenado á lectura perpetua de poesías fúnebres.

Otro de los concurrentes ejecutaba en el violín piezas clásicas, así como la *mandolinata*, la marcha fúnebre de *Cachupin* y algunas de su invención.

Entre éstas, una, titulada por su autor: *A través de la sierra*: una partitura, según él creía y la clasificaba.

Y, efectivamente, la música tenía «color de localidad.»

Se oía, sin que el autor lo hubiera escrito, ni aun pensado, el rechinar de las ruedas de las carretas, subiendo ó bajando por la sierra.

Verdad es que el profesor que había compuesto aquella pieza campestre, lo mismo que manejaba el arco del violín habría podido manejar la vara, guiando á una pareja de bueyes uncidos en una carreta.

Otro de los amigos de Consolita hacía de prestidigitador y escamoteaba con limpieza y aseo, aun cuando en algún juego le sorprendían *in fraganti*.

Una pensionista, de las de la reunión, echaba las cartas, aunque con rubor y timidez, y cantaba *flamenco*.

Pero aquellas reuniones deliciosas, que terminaban con un modesto *lunch*, para las personas, y una cena opípara, distribuída entre los animales, á la vista de los concurrentes, lo mismo que los domadores terminan los espectáculos, en ciertas horas, con la comida de las fieras, se desbarataron.

Las amigas y los amigos de Consolita dejaron de asistir á las recepciones, por causa de las pulgas.

—Hijo, me confesaba una señora que, por cierto, estaba enamorada del violinista, yo me retiré de aquella casa porque siempre había algo picante.

—¿En las conversaciones? la pregunté.

—No, señor, respondió, en todo el cuerpo, y en las piernas particularmente.

Los animales abusaban también de los amigos de la casa.

Una vez el perro de Terranova se levantaba de manos y, jugando, las apoyaba en los hombros de algún caballero y le sentaba *sur le tapis*.

Ya se presentaba en la sala el mono con un sombrero de copa en la mano, haciendo monerías.

Era el sombrero perteneciente á uno de los contertulios de Consolita.

Ésta celebraba las gracias de sus animales.

—Señora, dijo una noche el dueño del sombrero agraciado ó desgraciado, si esto vuelve á ocurrir, estrangulo al mono.

—¡Ave María, hombre! replicó la dueña del *titi*. ¡Qué carácter!

Aquella fué la señal de la dispersión.

—Señora, se lamentaba un día la criada, el loro me ha picado en un dedo al darle los garbanzos, y me ha lastimado.

—Es muy «monín» y muy travieso, respondió Consolita riendo.

—¿Y eso la excita la risa?

—Ya lo creo.

—Bueno; pues mire usted, replicó la muchacha, que estaba ya muy harta de vivir entre animales; déme la cuenta ahora mismo, que me voy. Me parece que entre el loro y yo...

—El loro, terminó resueltamente la señora. No se compare usted con él, fregona.

—Yo soy fregona, pero usted es una *curstile* adulterá por los bichos.

—¿Eh?

—¿Se apuesta usted, tía *chiflá*, á que retuerzo el pescuezo á tos los animales y después á usted?

—¡Ay, qué mujer tan infame! exclamó alarmada Consolita.

—¡Luego dicen que hay criadas malas! Si está haciendo falta todos los días un escarmiento: un ejemplar de ama escabechá; un día sí y otro no cuando menos.

Desde entonces, al recibir á una criada, lo primero que la encarga es el cariño á los animales.

—Usted no se compare siquiera con ellos, la dice; yo soy algo violenta con las personas; pero es un defecto de carácter; en el fondo, una malva; se me pasa en seguida la indignación, y en paz. Eso sí: para mis pobrecitos bichos no tengo jamás una mala razón.

El principal cuidado de Consolita era el de mudar el agua á sus peces, para que la criada no cometiera alguna barbaridad.

En días de sol claro sacaba las dos peceras, donde los conservaba, y las ponía en un balcón.

—Así creen ellos, pensaba, que gozan de su autonomía en un estanque.

Pero llegó un día ¡día terrible! en que todo acabó: autonomía y peces.

Pasadas las horas reglamentarias de recreo, Consolita, la cariñosa é infatigable protectora, se dirigió al balcón, donde suponía que estaban los inocentes pececillos, para preservarlos del fresco de la noche y vió que el agua no era agua, ó por lo menos agua limpia.

—¿Qué es esto? se preguntó en voz alta.

Examinó minuciosamente una pecera, y después la otra, y convulsa y ahogándose de dolor, se apartó horrorizada.

Los peces se habían vuelto negros con vetas.

Una sospecha terrible la ocurrió.

—¡Fritos! ¡fritos! repetía trémula y convulsa.

Y en seguida empezó á llamar á gritos á la criada y á pedir socorro.

Algunos vecinos se asomaron á los balcones para enterarse de lo que ocasionaba aquellas voces.

La criada acudió inmediatamente.

—¿Qué ocurre, señora? preguntó asustada.

—Una desgracia horrible.

—Pero tranquilícese usted.

—¿Que me tranquilice? Vén aquí, mira, ¡mira! gritó.

Y diciendo esto, asió de un brazo á la criada y la aproximó á las peceras, diciendo con voz cavernosa y actitud dramática, por lo menos:

—Recréate en esa hecatombe.

—¡Ay! ¡los peces de alivio de luto!



MARGARITA

CUADRO DE JOSÉ M.ª MARQUÉS

—¡Animal! rugió Consolita.

—Señora; si yo creo, Dios me perdone, que están fritos los pobrecitos.

—¡Sí, fritos! ¡fritos alevosamente! clamaba furiosa la madrina de los peces.

Y luego, aproximándose á la sirvienta como si fuera á devorarla con la vista, la preguntó:

—¿Tú has tocado á las peceras?

—Señora; ni me he acercado á verlas siquiera hasta ahora, en los días que han pasado desde que entré en la casa.

—Lo creo; tú pareces una chica honrada y sensible, rectificó la madre de los animales.

—Vea usted, señora, vea usted; si el agua tiene ojos.

—¿Qué dices, mujer?

—Los ojos que forma el aceite en el agua.

—Sí; ya no cabe duda; están fritos. ¿Pero quién ha entrado aquí?

Consolita enfermó, y en poco más va á reunirse con sus peces, como ella pedía, delirando, en las horas de fiebre.

Era para perder el juicio el estudio de aquel fenómeno químico ó físico.

Ó, mejor dicho, fenómeno de sartén.

¡Unos peces que se suicidan!

¡Unos peces que se frien solos!

La criada del segundo izquierda había sido la autora del hecho.

La del picotazo del loro, que servía á la sazón en el piso segundo y en el cuarto correspondiente sobre el de su ama antigua, que era el principal de la izquierda.

Para conseguir el fin que se proponía, valiéndose de un hilo y un anzuelo, fué pescando desde el balcón los pececillos que «jugueteaban» en sus estanques de cristal, colocados en el balcón de Consolita, y, después de freirlos, se los devolvió.

Así se vengó aquella traidora de la que había sido un tiempo su ama.

Tropezándose en la escalera con la nueva criada de la viuda, la preguntó:

—¿A dónde va usted tan ligera?

—A buscar un médico para la señora, que se ha puesto malita de repente, respondió la sirvienta nueva con afectada pesadumbre.

—¡Ay pobrecita! exclamó la pescadora de afición, ¿y qué tiene?

—Un disgusto muy grande que ha pasado: figúrese usted que se le han frito en el balcón unos peces de colores.

La criminal soltó una carcajada.

—¿Se ríe usted?

—Créame usted á mí y no avise á un médico para la señora; á quien debe usted avisar es al «vetelinario;» vamos, médico pa los animales. ¿No ve usted que es la «divilidaz» de su señora, según dicen?

Cuando Consolita recobró la salud, uno de los amigos á quienes consultó, hombre muy instruido que se leía tres ó cuatro periódicos políticos todas las mañanas, la explicó el fenómeno de los peces con envidiable sencillez.

—¿Usted los expuso al sol el día del eclipse? la preguntó.

—¡Ay, sí, señor! respondió la viuda.

—Pues no lo atribuya usted á otra cosa.

EDUARDO DE PALACIO.

«Dichosos los que mueren en el Señor»

CUANDO, con dolor profundo, veo que, mirando al cielo, se resigna el moribundo, y el que se queda en el mundo gime y llora sin consuelo; como un vértigo me da, sin que reprimirlo pueda, y exclamo: — No hay duda ya: ¡Ay triste del que se queda! ¡Dichoso del que se vall—

J. FEDERICO MUNTADAS.

El sol en la casa

NOVELA

POR

MAURICIO DE REICHENBACH



¡EM! querido barón, para terminar: usted ha asistido á demasiadas comidas opíparas, bailado demasiadas noches, bebido demasiadas copitas y además de esto, tal vez, ha trabajado bastante seriamente en sus ocupaciones ministeriales, pues le acuso de ser algo ambicioso, ¿tengo razón?

—Creo, señor doctor, que su diagnóstico es acertado.

El anciano se rió y movió un par de veces la cabeza como si quisiese imponerse á sí mismo su propio parecer.

—Antes de ser el médico de su abuelo de usted, éramos ya compatriotas, ambos prusianos. Conoci á su padre cuando tenía tres años, por consiguiente, puedo juzgarle á usted. El estudio de la transmisión y adaptación es el lado más interesante de nuestra profesión, tan desagradable por varios conceptos. Usted tiene la ambición y la sensibilidad de su padre, disposición á disfrutar de los placeres que tenía su abuelo, y á pesar de todo esto la blandura de alma que ha heredado de su madre. No mueva usted la cabeza, ya sé que todo se halla cubierto con la espesa capa de polvo del hastío, propio de la vida de la corte, quizás de vez en cuando se note en usted algo del frío cálculo de su abuela, pero esto no es más que un matiz en la escala de colores de su ser. Pero, dispénsame usted, estamos divagando, vamos al grano. Usted tiene, en general, buena salud; el dolor de cabeza frecuente y las demás molestias provienen de la agitación de los nervios, y si quiere usted que le dé un buen consejo, váyase á los baños de mar en el Norte; pero si es posible ni á Ostende ni á Norderney, sino á un lugar donde no encuentre usted la misma sociedad que aquí en Berlín. Algún descanso, pensar sólo en usted, y dejar obrar la naturaleza sin fatigarla con tabaco turco y almuerzos rociados con champagne, esto es lo que usted necesita. Debe usted ir, pues, á Borkum.

—Pero, doctor, ¡aquello debe ser aburridísimo!

—Tanto mejor; yo estuve allí el año pasado, y me gustó. Ahora haga usted lo que le plazca, pero si dentro de cuatro semanas no se me presenta con mejor color y

con los nervios más tranquilizados, busque usted otro médico, pues será señal de que no habrá seguido mi tratamiento. ¡He dicho!

Con esto terminó la consulta, y el barón Ernesto Stevenschütz abandonó el gabinete del doctor.

—¡Qué viejo tan original! pensó el barón Ernesto medio enojado con el doctor mientras cerraba tras sí la puerta de la casa.

En el primer remanso de la escalera convenciónse de que el anciano había estado acertado al hablar de sus padres.

La ambición y la sensibilidad habían encumbrado rápidamente á su padre y le habían conducido también prematuramente al sepulcro por el exceso de trabajo. ¿Y la blandura de alma de su madre? Sí, esto era lo que daba aquella expresión triste y velada á sus ojos, aquel timbre de voz tan atractivo que embelesaba el oído y el corazón del hijo, y que parecía tener tan pocos encantos para el padre.

En un instante recordó Ernesto escenas en las cuales nunca había pensado, y que le revelaban bien claramente que la blandura de su madre no se avenía con la viveza del padre. Ella no podía agitarse como él; él no quería soñar como ella, y á pesar de esto, después de su muerte, ella no volvió jamás á estar alegre, y cerró, pocos años después, sus hermosos ojos tan á menudo llenos de lágrimas. ¿Y el abuelo? Todavía resonaba su modo de reír en los recuerdos de la infancia de Ernesto. Le había amado tanto como temido á su severa abuela. Fría y calculadora la había llamado el doctor, refiriéndose á las cualidades por las que él se había acostumbrado á llamarle mujer razonable y de talento. De todos era la única que aún vivía. El abuelo murió de un accidente de caza poco después de haber cumplido en cabal salud y vigor los sesenta, y las últimas palabras que le oyó decir Ernesto fueron:

—Hijos míos, cuando muera, no me lloréis, pues he disfrutado de la vida cuanto he podido; y no podría ahora decir de qué cosa me costaría más separarme.

¿No se advierte acaso una disonancia en este modo de acabar la vida? ¿Hubiera hablado de esta manera si hubiese estado ligado á su mujer con un afecto profundo, ennoblecido por el tiempo? Esto revelaba la poca armonía que existía entre los dos seres que más debían amarse.

—Estúpidos pensamientos, murmuró Ernesto en su interior; decididamente me siento inclinado á abismarme en inútiles cavilaciones y á tomar las cosas por el lado trágico.

Mientras tanto había llegado á casa de su abuela, que le aguardaba á comer.

Era aquella señora una majestuosa anciana, tiesa como un rábano, con rizos blancos tan irreprochables como su vestido de seda negra. Alargóle la punta de los dedos para que los besase, echó una investigadora mirada á su *toilette*, pareció satisfecha de ella y dijo:

—Me alegro que seas puntual; tengo hoy á comer á los Helmscheids, y me hubiera contrariado que hubieses llegado después de ellos.

—Me hubiera sido indiferente por lo que toca á los Helmscheids, abuela, pero ya sabes que á tí nunca te hago aguardar.

—Lo reconozco y te lo agradezco; pero ¿por qué acentúas tanto tu indiferencia respecto de los Helmscheids?

—No la acentúo, abuela, la siento.

—¡Lo lamento!

—¿Por qué?

—Porque son una gente excelente; la madre de antigua familia, el padre noble de reciente cuño, pero de reputación intachable, á pesar de sus millones, y Ada, bonita, muy bien educada y uno de los más brillantes partidos.

—¿Por qué me dices esto?

—Para que no desaproveches la ocasión de labrar tu felicidad. Ada está prendada de tí, sus padres lo ven con buenos ojos.

Ernesto sonrió.

—Los tres son muy amables.

—Vuelvo á tener hoy dolor de cabeza, abuela, y todo el mundo, sin exceptuar Ada, tiene para mí pocos atractivos.

La anciana señora le examinó atentamente; luego meneó la cabeza.

—Este no es el medio de hacerte una posición en el mundo, le dijo. Yo sé que no dejas de ser ambicioso y que tienes en mucho las cosas buenas de la tierra. Si tienes suerte puedes, en doce ó quince años, alcanzar con tus propias fuerzas un empleo regular, es decir, puedes ser consejero superior de Regencia en alguna de las grandes ciudades de provincias, con un sueldo que te permitirá vivir decentemente, pero sin lujo y sin coche. Siendo yerno de una persona como Helmscheid, poco te costaría entrar en la carrera diplomática, tendrías ocasión de distinguirse entre los demás, de hacerte notar...

En aquel instante llamaron á la puerta.

—Aquí están mis invitados, dijo la anciana señora; estoy lejos de querer hacerte presión, sólo te hago reflexiones. ¡Cada uno se labra su propia felicidad!

En seguida entraron los convidados. El barón los examinó atentamente aun cuando los conocía de tiempo. Hubiera querido encontrarles alguna ridiculez para poder burlarse de ellos. ¡Nada de esto! Ada era realmente bella y distinguida, y á pesar de la antipatía que le profesaba veíase obligado á reconocerlo. Sus padres eran dignos y agradables, y la comida transcurrió correcta y animada como todas las que daba la abuela. Ada nada dijo que tuviese un interés especial, ni tampoco ninguna tontería; no habló ni demasiado ni poco, pero su risa mesurada parecíale á Ernesto que le atacaba los nervios y que le aumentaba el dolor de cabeza. Repentinamente vino al pensamiento:

—¡Dios mío! no es culpa suya si es tan completamente diferente de Adela Dollmen, y yo soy tan injusto con ella. Positivamente es una muchacha agradable.

Y como si temiese avivar demasiado el recuerdo de Adela Dollmen y con él todas las luchas del invierno anterior, metióse con más viveza en la conversación.

Repentinamente dijo el señor Helmscheid á la abuela:

—Figúrese usted que la señorita von Dollmen ha despreciado al joven Amsberg.

—Me parece muy desacertado, pues, á mi juicio, una joven pobre y formal no debe querer escoger demasiado. Por supuesto, cuando se trata de un hombre honrado como el señor Amsberg. ¿Qué es, pues, lo que Adela piensa hacer?

—Ha marchado con su madre á Dresde y se dedicará á la pintura.

—Lo cual es también una tontería, observó la anciana señora.

Ernesto, aun cuando seguía hablando con mayor animación con Ada, cuya risa iba aumentándole la jaqueca, no perdió ni una palabra de la conversación.

—Creo, dijo la señora von Helmscheid, que los Dollmens no carecen por completo de fortuna.



LECCIÓN DE CATECISMO. — ¿CUÁNTOS DIOSSES HAY?

CUADRO DE JOSÉ M.^a MARQUÉS

Empero, quedó probado que mil quinientos thalers al año era no tener fortuna, mayormente cuando madre é hija debían vivir de esta cantidad.

Una hora después del café despidiéronse los Helmscheids.

—¿Y bien? preguntó la abuela cuando estuvo sola con Ernesto.

Éste se encogió de hombros.

La señora se sentó en un sillón y cogió una labor.

—¿Piensas todavía en la señorita von Dollmen? preguntó con su voz reposada.

—¿Quién dice que haya jamás pensado en ella?

—Me lo había parecido, y como es una muchacha bonita, nada tendría de extraño que te hubiese interesado, y si tú fueses un hombre ordinario é insignificante no tendría nada que oponer á que te casases con ella, pues siempre tendríais para vivir reducidos. Pero con tus pretensiones, tus proyectos para el porvenir, tener una casa de alquiler regular, con dos criadas, y contar mucho para poder cumplir con tus deberes sociales, y pagar la cuenta de la modista de tu mujer...

Aquí se rió la anciana señora.

—Este es un cuadro muy disparatado, continuó luego en tono del todo serio.

—Sí, dijo Ernesto secamente; y se puso á contemplar el crepúsculo.

La abuela, que estaba observándole, le dijo:

—¡Cómo te pareces ahora á tu madre; enteramente los mismos ojos!

Ernesto se estremeció. Era la blandura de alma que en él vibraba, paralizando su energía y claro criterio.

—Quiero irme á orillas del mar para la jaqueca, dijo de repente.

—Bien pensado, y mientras tanto podrás reflexionar sobre lo que te he dicho.

—Una casa de alquiler, dos criadas, una [vida oscura, no salir nunca de la escasez de cada día, resonaba en la cabeza de Ernesto, y todo esto por culpa de una muchacha que uno se figura amar; ¡bah! mis padres y mis abuelos se figuraban tal vez lo mismo cuando se casaron, y sin embargo, resultó que no se avinieron.

Cuando volvió á su casa estaba de muy mal humor, y al día siguiente, al despertarse, parecióle todo de color triste, sintiendo otra vez un peso en la cabeza.

Ocho días después encontré con el señor Helmscheid en la calle.

—Nos estamos disponiendo para marchar á mi propiedad de Sajonia, díjole éste, ¿quiere usted conocerla? Dice la gente que la plantación del parque ha resultado muy acertada.

—Tengo la licencia para irme á los baños en el bolsillo, y marchó mañana.

—Pues al regreso. ¿A dónde va usted?

—Al mar del Norte.

—¡Vaya, vaya! Que usted se divierta, ya nos veremos cuando regrese después de terminado el tratamiento.

—Es usted muy amable, contestó Ernesto titubeando; pero en seguida, casi contra su voluntad y como si le empujase el demonio, añadió:

—Tendré presente su atenta invitación.

Y se separaron con un apretón de manos.

—¡Es mi destino! murmuró el barón por el camino; así parece realmente... es mi destino: la risa de Ada, la cual nada tiene de desagradable, y que, sin embargo, me da jaqueca!

(Traducido del alemán).

(Concluirá).

Colección zoológica del Parque de Barcelona

V

CON objeto de dar á estos artículos siquiera cierto tinte de unidad científica, aunque nos separemos algún tanto de nuestro plan, precisa que en el presente nos ocupemos de las aves que después de las palmípedas se hallan en el Parque instaladas entre los mamíferos y al final de los mismos; mereciendo, á nuestro juicio, el calificativo de importantes las dos especies que hay de corredoras y algunas rapaces.

AVESTRUCE

Quien observe con alguna atención la pareja de voluminosas aves que ocupan la instalación inmediata á la de los *Kanguros*, no extrañará que el *Avestruz camello*, á cuya especie corresponde la citada pareja, se considere como el gigante de las aves que viven en la actualidad y el prototipo de las de carrera veloz. Su enorme peso, que en algunos individuos alcanza más de 40 kilogramos, las alas que en todos son exiguas y las tienen cubiertas de plumas flojas, semejantes más bien á pelos por no tener entrelazadas las barbas y barbillas, y la disposición anatómica ó estructura interior de estos animales, los despojan de la prerrogativa principal de que gozan casi todas las demás aves, esto es, la facultad de volar; pero en cambio, sus altas y gruesas patas con la pierna desprovista de plumas, la gran robustez muscular de los muslos, sus potentes tarsos terminados en dos solos dedos, y aun el externo sin uña, con otras muchas circunstancias que concurren en la disposición exterior é interior de su organismo, revelan que en el *Avestruz* está todo dispuesto para correr con gran velocidad, y nótese bien: la aparente discordancia que en dicha ave se observa, hállase maravillosamente armonizada con las necesidades, costumbres y lugares que habita, poniendo una vez más de relieve la infinita sabiduría del Criador, quien ha dotado á cada ser de todo cuanto necesita para asegurar su existencia y lo ha colocado en el medio más apropiado en que pudiera desarrollarse y reproducirse con mayor facilidad.

Como el *Avestruz* es sumamente sociable, se reúne con otros de su especie, formando á veces bandadas muy numerosas; nútrese principalmente de sustancias vegetales, pero come también insectos, moluscos terrestres y hasta pequeños vertebrados, siendo tan poco precavido que deglute indistintamente sustancias alimenticias y otras que, como los trapos, maderas, piedras, metales, etc., no solamente le son inútiles sino perjudiciales. En la época del celo, construye una suerte de nido que consiste en un simple hoyo sobre un montoncito de arena; la hembra pone de doce á veinte ó más huevos, cuyo volumen es tan considerable que, sin exagerar, la dura cáscara de cada uno puede contener cerca de un litro de líquido, y el macho concurre tanto al trabajo de la incubación como al cuidado de los pequeñuelos, á quienes defiende valerosamente, en ocasiones, aun de las más terribles fieras. Hacia los tres meses de nacidos se revisten los pequeños avestruces de plumas, teniéndolas en un principio todos grisáceas como la madre, pero á

los dos años pueden ya distinguirse los de uno y otro sexo por el color del plumaje, y á los tres adquieren, por fin, los machos sus plumas negras, lo cual indica que son

completamente adultos y aptos para la reproducción. Habita el *Avestruz* gran parte del África, encontrándosele asimismo en la Arabia, y aunque para establecerse busca



1. Avestruz camello. — 2. Nandú. — 3. Cebra. — 4. Elefante

on preferencia los oasis ó sitios abundantes de aguas, se puede considerar como el verdadero morador del desierto; ofreciendo tantos caracteres comunes y costumbres

tan análogas al Camello, que no sólo le cuadra perfectísimamente este nombre específico, sino que podría muy bien decirse que es el mismo rumiante transformado en

ave. Por su carne, que es sabrosa, si bien algo dura y coriácea la de los individuos adultos, para utilizar las plumas que en algunos países son muy apreciadas, y por consiguiente de bastante valor, ha sido siempre objeto de una caza activísima, lo cual ha ocasionado que disminuyera mucho y hasta desapareciera de ciertas comarcas en que antes abundaba. Si se coge muy joven, se aviene fácilmente a la cautividad, y en ciertos puntos se tiene doméstico, habiéndose practicado algunos ensayos con felices resultados para aclimatarlo en Europa. Por la docilidad de los individuos de esta especie, rapidez con que se desarrollan los pequeñuelos, el poco coste de su manutención, la excelente carne que proporcionarían, teniendo en cuenta que la hembra, en condiciones abonadas, pone al año de 40 á 50 huevos no sólo buenos como alimento para el hombre, sino que cada uno equivale á 10 ó 12 de los de gallina, y como además la grasa, plumas y pieles son utilizables, se comprende que, sobre no ser difícil reducir el *Avestruz* al estado doméstico, se obtendrían de su cría grandes rendimientos. Estos motivos hacen presumir que dicho animal no tardará en aumentar las aves de corral.

Junto á los avestruces se ve instalado el *Rhea americano* ó *Nandú*, que es el verdadero representante de aquéllos en el Nuevo continente, debiendo decirse que se encuentra hasta con profusión en las pampas de la América del Sur, pertenecientes á todos los Estados del Río de la Plata. Aunque es más pequeño, de color ceniciento algo oscuro, tanto el macho como la hembra adultos, y además tiene las patas terminadas en tres dedos todos con uñas, sin embargo, su aspecto, organización, condiciones de existencia y costumbres lo asemejan notablemente al *Avestruz africano*. Al igual que éste, sirve de alimento al hombre, siendo muy buena la carne, especialmente la de los individuos jóvenes; los huevos, que la hembra pone en bastante número, tienen un volumen equivalente de 8 á 10 de gallina, y se califican de excelente manjar, sobre todo por los indígenas de los países que habita; además, la industria utiliza las plumas como objetos de adorno, para fabricar tapices y otros diferentes usos. Por todas estas circunstancias, fácil es inferir que se le persigue con gran avidez. Si se coge vivo y pequeño acostúmbrese luego á estar cautivo, se domestica fácilmente, y como cuesta poco el aclimatarlo en nuestro país, no siendo más difícil de alimentar que el *Avestruz*, cabe asegurarse que podría constituir como éste una provechosísima ave doméstica.

AVES CARNÍVORAS

Como remate ó terminación de las instalaciones del Parque, formando casi grupo, pero colocadas en diferentes jaulas, vense algunas aves rapaces, de entre las cuales llaman la atención, y son verdaderamente interesantes, un hermoso *Buitre*, dos magníficas *Aguilas* y un *Autilo* ó *Gran duque*. El primero, con su voluminoso cuerpo, anchas alas, plumaje apretado aunque suave, cuello fuerte y desnudo, vigoroso pico y garras robustas, manifiesta de la más clara manera que ha de necesitar mucho alimento, ha de ser de vuelo sostenido y que todo en él está dispuesto para estrujar carnes. Con efecto: son los *Buitres* sumamente voraces, alimentándose ordinariamente de carnes en descomposición, y se ceban, sobre todo, en los cadáveres de los mamíferos de alguna talla que encuentran abandonados. Vuelan á gran altura, viven en parajes agrestes ó muy montañosos, pero se presentan en las llanuras, reunidos á veces en bastante número, cuando distinguen

algún animal muerto. A consecuencia de que consumen gran cantidad de carnes en putrefacción, evitando por tal motivo el que en muchas ocasiones se cargue la atmósfera de miasmas deletéreos, deben ser tenidos más bien como aves útiles que perjudiciales.



Águila

En una jaula próxima á la del buitre, bien poco capaz ciertamente para las dos aves de la magnitud y condiciones que la ocupan, hállanse dos hermosas y esbeltas *Aguilas*, cuya gran talla é imponente aspecto revelan á primera vista que dichas falcónidas pertenecen á las más terribles de entre todas las aves de rapiña. Su pico robusto, cortante, agudo y encorvado, recuerda los temibles caninos de la pantera y el león; así como sus potentes patas armadas de fuertes, ganchosas y aceradas uñas, representan á nuestra imaginación las garras del feroz tigre. Considéranse las *Aguilas* como aves errantes, puesto que se encuentran en muy distantes países; sin embargo, acostumbran á permanecer fieles á la localidad que eligen, aunque siempre ha de ser un dominio extenso, á causa de la gran cantidad de alimento que necesitan para sustentarse. Su poderoso vuelo les faculta el que se puedan remontar á grandes alturas y lanzarse con asombrosa rapidez sobre la víctima que su perspicaz vista les permite atisbar desde grandes distancias; y en virtud de que están dotadas de una agilidad grandísima, siendo además valientes á toda prueba y audaces hasta lo temerario, acometen á la mayoría de los demás animales, no librándose de su rapacidad, especialmente cuando están hambrientas, ni muchas de las fieras ni aun el hombre mismo; y por más que se haya dicho que no utilizaban sino carnes palpitantes, es muy cierto que no desdénan las de los cadáveres que encuentran, aun cuando se hallen en estado de descomposición. Para reproducirse forman un nido grosero que colocan, por regla general, en sitios de difícil acceso; por fortuna son poco fecundas, poniendo la hembra solamente dos ó tres huevos, y tanto ésta como el macho cuidan de la prole, á la manera de lo que se observa en otras aves

monógamas, proporcionando alimento á los aguiluchos durante algún tiempo después de nacidos. El hombre persigue sin tregua á las *Aguilas*, principalmente para evitar los inmensos perjuicios que causan, puesto que destruyen multitud de animales provechosos; debiendo ser miradas como una verdadera calamidad para el país en que fijan su residencia, porque, sobre todo en la época del celo, no solamente atacan á presas para alimentarse, sino que con el fin de dar de comer á sus pequeñuelos llevan al nido cuantos animales pueden coger. Se domestican pronto cuando son pequeñas, acostumbrándose fácilmente al amo, á quien reconocen cobrándole verdadero afecto; y cuando se cuidan bien soportan la cautividad durante varios años, habiendo países que adiestran para la caza alguna de las especies. Los mogoles, y también muchos bárbaros é indios de América, dan gran valor á las grandes plumas de las águilas; siendo muy presumible que la grandiosidad y poderoso vuelo de dichas aves hayan influido para que se tomaran como símbolo de guerra por gran número de pueblos desde los antiguos persas acá, figurando aún hoy día en las armas ó escudos de muchas casas reales.

Ultimamente, siquiera por ser la mayor y la más perjudicial de las aves nocturnas, dedicaremos un breve párrafo al *Autilo* ó *Buho mayor*. Puede verse en el Parque uno de los individuos de esta especie, instalado cerca de las *Aguilas*, bastando solamente observar su gran corpulencia, robusto y acerado pico á la vez que sus potentes garras, para comprender que se trata de una ave temible. Habita en ambos continentes, es muy común en Europa y más frecuente de lo que convendría en nuestra península. Huye de la compañía del hombre, guareciéndose durante el día en las montañas ó bosques muy espesos en donde pueda encontrar un retiro tranquilo y seguro, saliendo por la noche á verificar sus correrías, acomete á muchos animales como liebres, conejos, ardillas, ratas, gansos, patos, perdices, etc., ocasionando á veces grandes destrozos en los corrales, sin que se libren de su insaciable voracidad los reptiles ni los insectos. En la época de la reproducción, que en nuestro país tiene lugar en el mes de Marzo, se reúne una pareja, fabrica un grosero nido que lo coloca, lo más oculto posible, sea en una madriguera, bien en la grieta de una roca, ya en el hueco de un árbol, ora en un cañaveral, etc., ó bien utiliza, siempre que lo encuentra, el que han abandonado otras aves de alguna talla como el cuervo ó la cigüeña; la hembra pone dos ó tres huevos que cubre con afán, manteniéndola el macho mientras dura la incubación; ambos cuidan de los pequeñuelos llevándoles más alimento del que necesitan y defendiéndolos de cualquier peligro hasta el punto de sacrificar la vida por ellos. El hombre persigue activamente al *Autilo* ó *Gran duque*, para evitar los inmensos perjuicios que ocasiona; tiénenle también aborrecimiento algunas fieras y muchas otras aves rapaces, por cuyo motivo le acosan con encarnizamiento, sin embargo, se defiende de quien le acomete llevando la ventaja en muchos casos.

Juzgamos que puede ponerse punto final á lo que nos propusimos escribir acerca de las aves que hay actualmente en el Parque de Barcelona; de los mamíferos instalados en el mismo, y entre los que pueden observarse especies interesantísimas, nos ocuparemos en otra serie de artículos.

M. MIR Y NAVARRO.

NUESTROS GRABADOS

País de Holanda

CUADRO DE JOSÉ M.^a MARQUÉS

Pinta Marqués el paisaje con maestría y con exquisito buen gusto. Diestro en elegir los temas, de los varios viajes que ha realizado, ha traído un caudal magnífico de apuntes en dibujo, á la aguada y al óleo, á la vez que algunos cuadros del todo concluidos. En el número de los últimos se encuentra el *País de Holanda*, del que publicamos una reproducción fiel. ¡Qué lindo tema! ¡Qué hábilmente supo copiarlo el autor, embelleciéndolo todavía con la magia de su pincel! La Holanda, el poético país de los ríos y de los canales, le procuró esta hermosa página pictórica, en la cual se ve perfectamente presentada aquella suerte de vaguedad en las líneas que ofrecen los países septentrionales, á causa de la constante humedad de la atmósfera, convertida en niebla ó neblina en repetidísimas ocasiones. En el país de Marqués no se llega á la indecisión de los contornos, antes aparecen éstos con bastante precisión, permitiendo apreciar todos los primores de dibujo en el tema elegido por el artista. Un desempeño espontáneo, una abundancia de luz notable, la perspectiva aérea hábilmente interpretada aumentan las condiciones artísticas que reúne la citada obra.

Margarita

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

La famosa heroína del poema de Goethe ha procurado inspiración á gran número de artistas, pintores y escultores, pudiéndose decir también que otro tanto ha sucedido con los músicos. De muy diversos modos ha sido presentada. Nos la dan unos como una muchacha alemana, rolliza, de cara sonrosada, cabello rubio y gruesas trenzas; es para otros un ser ideal, rubio también, pero fino, delgado, vaporoso. Sobre estos tipos las variantes son numerosas. Quizás el primero es el que mejor corresponde á la Margarita pintada por el insigne autor del *Fausto*. José M.^a Marqués casi puede decirse que se ha colocado en un término medio, puesto que ni se ha ido por la corriente naturalista en absoluto, ni tampoco ha idealizado el personaje hasta el punto de convertirlo en una especie de aparición que apenas toque el suelo con los pies. La figura resulta muy elegante en las líneas, su actitud natural, simpática en el rostro y en el conjunto, con cierto aroma de poesía. Sirve de hermoso fondo el paisaje dibujado y pintado con la habilidad peculiar del autor en este género. La reproducción permite adivinar estas bellezas, y también el colorido, que es sumamente armonioso y rico, fundiéndose de un modo en extremo agradable para la vista los distintos matices de la figura y del paisaje.

Lección de catecismo.—¿Cuántos dioses hay?

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Bien precisada está en el lienzo que reproducimos la escena que adoptó por tema el artista. El padre capuchino sentado en el viejo sillón de vaqueta le pregunta al tierno infante, deseoso de examinarle de Doctrina cristiana:—¿Cuántos dioses hay?—A lo cual respondería el niño con su media lengua:—Un solo Dios todopoderoso.—Y haciendo lo que suelen practicar los niños y las personas de escasa instrucción, ó sea el acompañar la palabra con la mímica imitativa, levantaría el dedo índice, así como se ve en el cuadro para marcar bien que es uno solo, un Dios no más, principio y fin de todas las cosas. El buen capuchino, tan severo en su rostro y en su porte, acoge con verdadero regocijo la respuesta del pequeñín, regocijo que se transparente en su misma cara. Mayor es si cabe la satisfacción de la madre que figura en el propio lienzo, lo cual se comprende perfectamente, ya que le alegra y la envanece por un lado la precocidad de su hijo, y por otro el que éste pueda mostrar ante el padre que se halla ya algo instruido en lo que enseña el Catecismo de la Iglesia. Marqués, que pintó esta obra, supo poner en ella el aire catalán, ya en los tipos de las tres figuras, ya también en el fondo de perspectiva sacado de alguna vieja casa de Cataluña. Todo se halla estudiado con cariño, siendo varios los méritos que reúne este cuadro, que forma parte de la colección de pinturas existente en el Museo Municipal de Barcelona.



El microscopio es un instrumento de óptica destinado á aumentar el tamaño de los objetos perceptibles á simple vista. Puede ser simple ó compuesto. El primero se compone de una sola lente convergente de foco muy corto; el

segundo tiene por lo menos dos lentes de foco corto; una de ellas se conoce con el nombre de *objetivo* y da en la parte posterior de la misma la imagen aumentada del objeto que se halla delante, algo más apartada de la distancia focal. La otra lente se llama *ocular*, porque por ella debe mirarse, y está colocada á cierta distancia de la imagen, de modo que ésta se halla entre la segunda lente y su foco. La ocular obra sobre la imagen á modo de cristal de aumento y la hace ver de tamaño mayor. El aumento de tamaño, por consiguiente, que se obtiene con el microscopio, se debe á una primera ampliación, producida por hallarse el objeto delante del foco del objetivo, y luego á una segunda que es el resultado de la posición de la imagen en un punto situado entre el ojo del observador y el foco de la lente ocular. El microscopio, construido tal como se halla descrito, produce la descomposición de los rayos luminosos, lo cual es causa de que las imágenes no se presenten completamente claras, y como no es posible acromatizar lentes tan diminutos, se evita este inconveniente colocando en el microscopio un cristal convergente. El aparato, en su conjunto, se compone sólo de tubos que se ajustan unos sobre otros; el porta-ocular, el porta-objetivo y un anillo circular que se avanza y retira á voluntad. En dicho anillo se coloca el objeto que se desea observar, y de este modo puede situarse á la distancia conveniente según convenga á la vista del observador. El objeto se ilumina por medio de un espejo ligeramente cóncavo, que refleje sobre aquél la luz del día, ó bien empleando una bujía encendida con un cristal convergente que concentra los rayos sobre el objeto.

Se cree que el microscopio fué inventado por un óptico de Middelbourg, llamado Zacarías Jasen, en 1590. Dicho aparato se ha perfeccionado, particularmente en nuestros días, de una manera extraordinaria, debido á los trabajos de MM. Amici, de Módena, C. Chevalier, Frauenhofer, Jorge Oberhauser y otros. El empleo del microscopio ha contribuido en gran parte al progreso de las ciencias naturales; á él se deben importantísimos descubrimientos en anatomía, zoología y muy particularmente en botánica.

El llamado microscopio solar es una especie de linterna mágica y se compone de un espejo destinado á recibir los rayos solares, que puede inclinarse de manera que los refleje paralelamente al horizonte, sobre una grande lente. Esta reconcentra los rayos sobre un objeto transparente metido dentro de un tubo, delante del cual se halla colocado un microscopio simple. Los rayos que salen del objeto divergen al atravesar el microscopio y presentan muy aumentada la imagen sobre una superficie colocada á una distancia conveniente. Este aparato debe funcionar en un aposento á oscuras, y de modo que el espejo se halle fuera sin que puedan penetrar en el local más rayos que los que pasan al través del microscopio. El efecto que produce este aparato es uno de los más interesantes é instructivos que nos proporciona la óptica. El microscopio solar fué inventado en 1743 por el doctor Lieberkuhn, quien lo dió á conocer á la Sociedad Real de Londres.

A Triboulet, bufón de la corte de Francisco I, le amenazó un magnate con hacerle matar á palos por haberse propasado á hablar de él con demasiado atrevimiento. Triboulet fué á quejarse al rey.

—Si alguien fuere bastante osado para darte la muerte, le dijo el monarca, un cuarto de hora después le mandaré ahorcar.

—¡Ah, señor! repuso Triboulet. ¡Cuánto mejor sería que V. M. le mandase ahorcar un cuarto de hora antes!

Un prestamista usurero y avaro prestó á uno de sus clientes, hijo de familia, 6,000 reales de vellón por un año al 50 por 100, descontando los intereses, es decir que le hizo firmar un pagaré de 6,000 reales, no dándole en realidad más que 3,000. Concluida esta negociación, nuestro hombre espera con impaciencia á su mujer para hacérsela saber con júbilo. Llega la mujer con su raquítica y meneguada compra, por la cual había estado altercando y regateando una hora en la plaza del mercado, y le explica la lucrativa operación de préstamo que acababa de consumar; pero la mujer, echándole una mirada de desdén, le dice:

—Has prestado 6,000 reales por un año y no has entregado más que 3,000. ¡Bestia! ¿Por qué no los prestabas por dos años, y no hubieras tenido que dar nada?

Decía Carnot, hablando de Talleyrand:

—Si desprecia tanto á los hombres, es porque se ha estudiado mucho á sí mismo!!!

El vizconde de Segur interpelló un día á M. de Vaines en estos términos:

—¿Es cierto, caballero, que en una casa donde tuvieron la bondad de calificarme de hombre de talento, os atrevisteis á sostener la calificación contraria?

—Os han engañado de medio á medio, señor vizconde, contestó M. de Vaines, porque en ninguna de las casas que yo visito he oído decir jamás que os tengan por hombre de talento.

Hallábase un suizo en Rusia, paseando por las calles de cierta ciudad, y se vió acometido con furia por varios perros. Bajóse á coger una piedra para defenderse de aquellos canes, mas no pudo arrancarla.

—¡Maldito país! exclamó; ¡está gracioso; en esta tierra sujetan las piedras y sueltan los perros!

Cierto general de ejército estaba en marcha para llevar á cabo una expedición importante. Un oficial, ayudante suyo, le preguntó qué plan llevaba, y cuáles eran sus designios.

—¿Guardaréis el secreto si os lo digo? le contestó el general.

—Sí, mi general; os lo juro.

—Pues entonces, ¿por qué queréis que yo no tenga, como vos, el talento de guardar un secreto?

El magistrado Rose era sórdidamente avaro. En una tertulia donde se encontraba hicieron una cuestión para una familia desgraciada, y cada concurrente, incluso Rose, metió en el bolsón lo que quiso. Salióse por un momento de la sala nuestro avaro, y cuando volvió á entrar, la señora encargada de la cuestión, no acordándose de si el señor Rose había dado ya algo, volvió á presentarle la bolsa.

—Ya he dado, señora, dijo con cierta aspereza el avaro.

—Dispense usted; le creo á usted, pero no lo había visto.

—Yo lo he visto y no lo creo, añadió Fontenelle.

Para limpiar el mármol, tómesese una hiel de novillo ó buey joven, una azumbre de heces de jabón, medio azumbre de trementina, fórmese una pasta sobre el mármol y déjese un día ó dos. Pasado este tiempo se quita frotando con fuerza, y se vuelve á aplicar una segunda capa, y hasta una tercera si el operador no ha quedado satisfecho del resultado de la primera.

Si se quiere impedir la corrupción de la madera puede usarse el siguiente procedimiento:

Hágase disolver en agua destilada ó de lluvia una dracma de deutocloruro de mercurio (sublimado corrosivo) y mézclese en seguida una libra de agua de cal. Después de agitada la mezcla, se moja en ella un pincel y se da una mano á la madera.

Los aposentos en los que la madera está preparada de este modo no pueden habitarse hasta pasados quince días.

El hombre más execrable es el superior que cree que respecto de su inferior no tiene más que derechos y ningún deber.—SAINT-FOIX.

Si no se trata más que de saber, buena es la verdad; pero si se trata de vivir, mejor es la prudencia.—Joubert.

El público es exagerador por naturaleza.—V.

En una controversia el primero que se enfada es el que no tiene razón.***

Con orden y tiempo se encuentra el secreto de hacerlo todo y de hacerlo bien.—PITÁGORAS.

Muchas veces se tiene culpa por el modo con que se tiene razón.—DE BRUIX.

El que no da un oficio á su hijo le enseña á ser ladrón.—PROVERBIO TURCO.

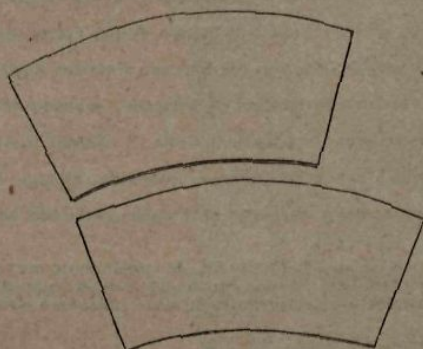
¡Venturoso aquel á quien el cielo da un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo!—CERVANTES.

Todos los hombres buscan la paz del alma, pero la buscan donde no está.—FENELÓN.

La atención es el buril de la memoria.—LEVIS.



ILUSIONES DE ÓPTICA



Cortar dos trozos de cartulina, de forma parecida á la del grabado; según como se coloquen respectivamente parecerán de diferente tamaño siendo idénticos.

JUAN PELLICER, de Reus.

Solución á la charada anterior:

A-DE-LA

Solución al triángulo:

C A R A C O L
A R O M O S
R O S A L
A M A R
C O L
O S
L

Solución á la estrella:

D V A
O I L
L T R
S E G O V I A
Z R R
A I E
C A S

CARTITA CHARADÍSTICA

Para salir de una cuatro no teniendo tú tres dos, te escribo, del tiempo en pos, con una pluma de Albatro.

Tu cutis, cual dos y cuarta, me inspira versos alevés, ¡y tú á llamarme te atreves cuatro cuatro en una cartal

En cuatro prima ninguno quiere poner un veneno, y yo, leal, honrado y bueno, digo que es santo uno uno.

Si el todo quieres negar á quien en los limbos mora, antes, y después y ahora, ingrata te he de llamar.

ARÍSTIDES DE PEÑAFIEL, de Barcelona.

ROMPE CABEZAS

* * * V * * * *
* * E * * *
* R * * * * *
* D *
* I * * * * *

Sustituir los asteriscos por letras de modo que resulten, junto con las del nombre del autor, cinco de sus óperas.

PROBLEMA

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

Sustituir los puntos por cantidades de manera que sumadas vertical y horizontalmente den el mismo resultado.

SALVADOR FREIXA, de Tarragona.

ANAGRAMA

¡ÚNICO CASO!
PASTA MALC

Formar con estas letras debidamente combinadas el nombre de un campo de batalla (siglo IV).

E. L. DE G., de Barcelona.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.ª, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. C. Krensch

por el

Espléndida edición

CRISTOBAL COLÓN

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. José María Asensio

—SECTOR DE LA REAL ACADEMIA REVILLANA DE BUENAS LETRAS; CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA—

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles. — Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas a UN REAL la entrega.

MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

OBRA ÚNICA EN SU GÉNERO

ESCRITA POR

Chavero (D. Alfredo), Riva Palacio (D. Vicente), Zárate (D. Julio)
Arias (D. Juan de Dios), Vigil (D. José María)

Esta suntuosa edición consta de cinco tomos, ilustrados con riquísimos grabados, cromos, láminas sueltas; regalo de una espléndida oleografía de gran tamaño al final de cada tomo. Se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno, y el coste total de la obra es de 157 pesetas.



Limpiaos la Sangre con la Zarzaparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarzaparrilla del Dr. Ayer

ayuda a la digestión, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendación parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse a bajos precios; y sólo se venden al pormenor a un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarzaparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicina.

Ha curado á otros, le curará á usted.

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y A PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA—

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas, Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. **SANATORIUM**

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA—BUENA MESA—PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebu y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japon y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo. — Viajes regulares para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LINEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.